

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros suscritores que para el pago de sus suscripciones no nos remitan libranzas de las últimamente creadas para este objeto, pues tropezamos con varias dificultades para su cobro; vengan los valores como hasta aquí.

SECCION RECREATIVA.

POBRE Y DICHOSO

Teresa.—«¿No se acuerda usted, señora, que hay aquí un buen hombre que nos prometió contarnos una historia, y dijo usted que lo dejase para el fin de la lección?»

Doña Prudencia.—«Se me había olvidado ya, querida. Ya conozco que eres amiga de historias. ¿Y qué era de lo que se trataba entonces?»

El tío Toribio.—«Era sobre lo que nos decía usted que los que tienen mucho dinero, no son por eso más ricos que los pobres, y que ni aun son tan felices como ellos. A mi con eso, señora, que á donde usted me ve, he sido rico, y he tenido coche y mis lacayos.»

Teresa.—«¡Jesús! un hombre que ha tenido coche ha llegado á ser zapatero de viejo! es imposible, es imposible.»

Toribio.—«No es imposible, porque así es. Oigan ustedes. Mi padre era pobre, y muy perezoso. Tenía ocho hijos, y mucho trabajo para criarlos, como pueden ustedes conocer; y como de tal padre tales hijos, nosotros éramos otros holgazanes. Juraba continuamente contra la pobreza, cuando había de enfarse contra su poltronería, que era la causa de nuestros trabajos, y deseaba el ser rico del mismo modo que un calenturiento desea el agua.»

«Tanta impresion fueron haciendo sobre mí sus quejas, que me resolví á ser rico á cualquier precio que fuese. Dejé, pues, mi aldea para irme á la corte, y junté treinta cuartos pidiendo limosna por las calles. Habiendo visto que algunos mozueros de mi edad ganaban de comer limpiando zapatos, compré un banquillo y un par de bayetas.»

«Por una grande fortuna encontré á un hombre de mi país, que era lacayo de un Grande, y á cuya casa iba mucha gente, y mi paisano compuso que yo so-

lo limpiase los zapatos de los que entraban en ella. Yo era fiel y de buena disposición, y el cocinero me mandaba hacer algunos recados, dándome de lo que sobraba de la comida más que yo podía comer. Con esto pensé que vendiendo lo que me sobraba, podría enviar algun dinerillo á mi pobre padre, porque desde que salí de mi lugar se me venía á la memoria muchas veces; pero habiendo llegado á juntar un doblon de oro, de tal suerte me saboreé con él, que no pude vencerme á enviárselo: en una palabra, tan avariento llegué á ser, que siempre estaba yendo y viniendo en cómo podría añadir un ochavo á otro ochavo. Al cabo de diez años me hallé con seis mil reales, y no se me escapaba día que no los viese, porque los tenía guardados debajo de un monton de paja en el granero, sobre el que yo solo hacía mi cama y dormía; y puedo asegurar á ustedes, que antes me hubiera muerto de hambre que haber tocado á este dinero de mis pecados. No dejaban de venirme á las mientes de cuando en cuando buenos pensamientos. ¿No eres un gran loco? me decía yo algunas veces; ¿pues qué felicidad logras con tu dinero? Ninguna. Lo que tú deseas es más, y cuando lo tengas no dejarás de querer otro tanto; pero de nada me sirvieron estos pensamientos.»

«Entré de lacayo en la casa donde había limpiado los zapatos, y encontré al poco tiempo un buen medio para ser rico y con poco trabajo. Hiciéronme ir á la compra, y como se gastaba bastante en casa de mi amo, hallé con esto un tesoro, porque tenía mis tenderas y verduleras conocidas, que por tenerme por parroquiano, me bajaban del precio corriente dos ó tres cuartos en cada género, y esto era un ítem más para mi bolsillo. También me compuse con el cocinero, y lo que se había de dar á los gatos ó bajar á los pobres, lo vendíamos á una mujer que llamábamos la lavandera, y con cuatro garbanzos que echase de más cada día, nos ganábamos dos ó tres reales: también vendíamos el sebo de la carne, las raeduras del tocino y el gordo de los perniles, las colas del pescado y la cera que hacíamos que chorrease de las velas; en fin, tan buena maña

me dí, que junté hasta treinta mil reales.»

«Creerán ustedes que ya estaria yo contento con esta cantidad: no señores, ni por pienso; todavía queria aumentarla, casándome con una vieja viuda, cuyo marido la habia dejado mucho dinero, la cual era tanto ó más codiciosa que yo. Para que cayese en el lazo de su avaricia, me vestí ricamente, tomé un coche y criados: todo iba viento en popa; pero el gasto que hacia iba dando conmigo por el suelo, y al cabo al cabo me hallé más pobre que cuando salí de la casa de mi padre, porque estaba lleno de trampas, y me fué preciso salir de la corte á uña de caballo, porque si nó hubieran dado conmigo en un presidio. Habiendo llegado á un lugar no distante de la corte, me hospedaron por caridad en casa de un zapatero, que se lastimó mucho de ver á un hombre de calidad reducido á tal estado; porque yo le conté un embuste que creyó bonitamente.»

«El zapatero tenía diez hijos, y con todo eso no era pobre; tenía un pasar mediano, y no dejaba de dar alguna limosna, porque su mujer y sus hijos todos trabajaban; hasta una muchachuela que apenas tenía seis años, ganaba tres cuartos cada día. Todo el mundo le estimaba; y un día que un señor de la corte, que iba á recrearse en aquel pueblo, oyó cantar á un hijo suyo que tenía una voz muy bella, se le pidió á su padre para colocarle en alguna capilla de música; pero habiéndole dado muchas gracias, le dijo que sus hijos ya estaban colocados. ¿Tiene usted alguna hacienda? le dijo el señor. Nó por cierto, le respondió él; pero tenemos buenos brazos, amamos la labor, y nuestro trabajo basta para vestirnos y hacer nuestras cuatro comidas cada día. El rey, aunque es un señor tan grande, no hace más, y apostaría yo á que no las hace con tan buena gana como nosotros. A la hora de la muerte nos saldrá iguales á todos la cuenta; á nosotros con pan y tocino, y á su majestad con pastas y ricos guisados; pero ¿qué se me da á mi de lo que como, si vivo bien con ello? Nada nos falta, y nada deseamos más que lo que tenemos; y cuando llegemos á dejar este mundo, no nos dará pesadumbre lo que dejamos.»

Pero si usted se pone viejo, le dijo el señor, ¿quién ha de mantenerle no pudiendo proseguir con su trabajo? Señor, le respondió el zapatero, mi padre mantuvo á mi abuelo, y yo estoy manteniendo á mi padre; y, si Dios quiere, á mí me mantendrán mis hijos. El caballero no pudo menos de admirarse de la virtud y prudencia de aquel buen hombre, y quiso darle un doblon al despedirse. El zapatero no quiso tomarle, y le pidió solamente que hiciese que sus criados le enviasen á componer los zapatos: es menester, dijo, para comer con gusto, haber ganado lo que se come.»

«Yo quedé admirado de oírle, y confieso que, si hubiera sabido cantar, me hubiera ofrecido á ir con aquel caballero donde quisiera. Dije al zapatero que estaba admirado de su repugnancia; y de palabra en palabra le conté la verdadera historia de mi vida, y me dijo: ¿Estaba usted contento cuando tenía tanto dinero? Nó por cierto, le dije yo; ántes bien, estaba lleno de cuidados, de pesares y de inquietudes. Pues amigo, me dijo él, nosotros no conocemos los pesares sino en el nombre; somos felices en nuestra misma pobreza; y pues que Dios nos ha puesto en este estado, creemos firmemente que es el mejor para nosotros. Este buen hombre me hizo comprender que pobreza, virtud y felicidad muy bien pueden hallarse juntas; pero que raras veces sucede que las riquezas, la virtud y el contento vivan en una misma casa. En fin, tanto me dijo, que al cabo me hizo amar el trabajo, y me ofreció muy de veras enseñarme á remendar zapatos; y en efecto, en tres meses me puso en paraje de poder ganar de comer por mí solo. Pero lo que fué infinitamente mejor que todo, es que me enseñó á servir á Dios. Volvíme, pues, á este lugar, que es donde nací; me casé con una buena mujer muy trabajadora; he tenido nueve hijos, y sólo los he mantenido hasta los cinco años, porque despues los hacia trabajar; todos están ya colocados segun su estado, menos una chica que no ha querido casarse por cuidar de nosotros, y sus hermanos y hermanas la han señalado una pensoncilla por esto, dándole cada uno todas las semanas un real para que vaya formando su dote. Estoy seguro que si yo quedara tullido ó baldado de pies y manos, habria entre mis hijos grandes disputas sobre cual de ellos me habia de llevar á su casa. Pero gracias á Dios tengo todavía buenos ojos y buenas manos, como ustedes ven, aunque ya paso de los setenta.»

Doña Prudencia.—«No se olvide ja-

más, amigos míos, esta historia, porque es una prueba evidente de dos verdades que acabo de enseñaros: esto es, que se puede fácilmente ser pobre y ser dichoso; y que los padres que han criado bien á sus hijos, reciben aun en esta vida la recompensa, pues en su vejez son amados, respetados y asistidos.»

J. A. BLANCO Y H.

COSAS SENCILLAS

Era una mañana del mes de Diciembre: el sol con toda su esplendidez acariciaba la tierra para indemnizarla de lo mal que la habian tratado la lluvia y el granizo: daba de lleno el rey de los astros en la hermosa fachada de una de las casas de los extremos del ensanche de Barcelona, cuyo interior, como el de tantas otras, se habia convertido en colonia de pobres.

Subian por su mal barrida escalera dos señoras de distinta edad: eran de la Sociedad de San Vicente de Paul, é iban á hacer su visita semanal, llevando al indigente pan para el cuerpo, y consuelo, abundante consuelo para el alma. Al llegar á la habitacion á donde se dirigian, abrieron suavemente la puerta entornada diciendo: «Ave Maria Purísima...» «¡Made, made, las señoras!» gritó una niña de dulce voz corriendo y balanceándose sobre sus encorvadas piernecitas; y mientras las señoras acariciaban su carita de ángel salió su madre, mujer de unos treinta y seis años, flaca como la miseria, amamantando á una criatura de pocos meses, no menos hermosa que su hermanita, que se agarraba al pezon como las ostras á la roca viva. «Buenos días, Raimunda,» dijeron aquellas, y la más jóven de las dos, que era la caridad misma con la forma de la belleza, prosiguió: «¿Ya te has desayunado, que veo que la pequeña se aprovecha?»—«Jesús, María, José!» exclamó Raimunda, que tuviera ó no pan, tenia en esta frase su alimento más sabroso:—«lo haremos luego.» Y entre tanto pasaba su delantal sobre dos sillas viejas, únicas que allí habia, ofreciéndolas á sus bienhechoras. «En buen hora las ha traído mi señor san José; no teníamos pan ni aceite.»—«Bien veo que arde la lamparilla delante del Santo,» dijo la señora mayor. «Perdónenme ustedes, señoras mías; pero mi Santo es como su divino Hijo; da ciento por uno, y él es quien las ha inspirado para que vinieran hoy.»—«¡Bendita sea tu fé, mujer!» exclamó la otra señora, pasando su linda mano por su frente, y continuó: Quiero

pedirte un favor, Raimunda.»—«Jesús, María, José!» repitió ésta dando una rápida ojeada á sus harapos, como si dijera: ¿Y quiénes somos nosotros para que esta dama nos pida un favor? No escapándole á la última el sentimiento de humildad de la interrogada, repitió:—«Un favor: te pido muy grande, y es que hagas una novena al glorioso Santo para que se digne alcanzarme lo que deseo, que si me lo logras, ¡oh Raimunda! pídemelo que quieras, pues habré contraído contigo una gran deuda.»—«¡Jesús, María, José!» exclamó por tercera vez la infeliz devota: hoy, hoy mismo empezaré la novena, y aunque sean dos y tres, no cesaré hasta que el Santo la favorezca. La Imagen es bendecida, así me lo aseguró la señora Dolores, que fué la que me la regaló para que rogase también por ella. ¡Dios la bendiga! ¿Quién lo diría! Ustedes, tan ricas y tan buenas, y aun tienen que pedir. ¡Jesús, María, José, qué valle de lágrimas!»

Con la libertad del que escribe haremos dar un salto á nuestra pluma y transcribiremos otra conversacion en el mismo sitio entre las mismas interlocutoras.

—«Pídemelo que quieras, Raimunda, decia la jóven señora; ya te dije que tendria contigo una gran deuda. Quiero que pases por casa, y que veas mi niña cuan hermosa está; pero dime pronto en qué más te puedo complacer.»—«¡Bendito sea Dios Señora, lo que yo más deseo es poder tener siempre la lamparilla encendida delante de la imágen de mi Señor san José, ... Santo bendito.»

—«No ha de faltarte aceite para honrar á tu protector y al mio; mientras yo viva, te lo prometo, Raimunda!»

—«¡Oh qué dicha tan grandel!»

—«Estás de enhorabuena, mujer, dijo la otra señora, pues es muy probable que esta dicha te dure toda la vida.»

Mas ¡ah! muchas veces cuando el hombre firma Dios borra. ¡Quién nos hubiera dicho que, dentro poco tiempo, aquella que como rosa de Mayo esparcía por doquier los perfumes de su virtud, caeria como herida del rayo, víctima de una enfermedad contagiosa contraída ejerciendo la caridad! Una exhalacion de dolor salió de muchos corazones; la sorpresa y la amargura se comunicaron su duelo uniendo sus lágrimas.

Una alma hubo que lloró sola, y lloró amargamente.

Fué Raimunda, que arrodillada delante de su pequeña Imágen, con la sencillez del que sabe que sólo Dios le oye decia: «¿Qué será de Vos y de mí, Santo

bendito? su vida se ha apagado subitamente, y el mismo soplo apagará la luz de vuestra lámpara, que era la alegría de mi pobre hogar; ¡pobre de mí, qué triste será veros triste! ¡Oh protectora mía y de mi san José! gritó como inspirada, tú desde el cielo cuidarás de que no me falte tu promesa.»

No tardó Dios en premiar tanta fé. Una persona á quien Raimunda no conoció nunca, teniendo noticia de que aquella pobre mujer se reducía á comer seco su pan para que ardiese constantemente la luz con que honraba la imágen del glorioso san José de quien era ferviente devota, y recordando las palabras que dijo nuestro divino Redentor hablando de la mujer Cananea: «En verdad os digo que no he hallado tanta fé en todo Israel,» concibió un vivo deseo de asociarse á tan perfecta caridad, y ofreció costear toda su vida el alimento de aquella luz, que decia á los que la miraban: *Bienaventurados los sencillos de corazón, porque de ellos es el reino de los cielos.*

Al participar á la buena Raimunda tan fausta nueva, exclamó, no cabiéndole el gozo en el pecho:

—«¡Jesús, María, José! y aun habrá quien diga que nuestra voz no llega al cielo!»

Victoria Peña de Amer.

SECCION INSTRUCTIVA.

Los sacerdotes deberian casarse. El celibato es contrario á la naturaleza.

Contestacion. El celibato no es contra la naturaleza, sino sobre la naturaleza, lo que por cierto es cosa muy diferente.

Segun tu modo de pensar, la castidad misma resultaria condenada, y el Cristianismo, que la prescribe á todos los cristianos no casados, seria una ley culpable y tiránica.

El celibato de los sacerdotes nada tiene de muy extraordinario. La Iglesia al proponerlo á sus ministros no lleva más objeto que colocarlos en una libertad perfecta, que les permite entregarse totalmente á su santo ministerio. Es evidente que un hombre célibe se halla infinitamente más en disposicion de consagrarse al servicio de Dios y de sus hermanos, á exponerse á los peligros y aun sacrificarse por la salvacion del prójimo, que no un hombre sobre quien pese el cuidado de su esposa y de sus hijos.

En nuestros ejércitos en tiempo de guerra, ¿cuales son los soldados que marchan al combate con mayor intrepidez? ¿Son acaso los oficiales casados? La experiencia enseña, lo que por otra parte se concibe muy fácilmente, que el recuerdo de una esposa, de un hijo ha hecho flaquear á más de un corazón esforzado.

Lo propio sucederia con el sacerdote si

fuese casado; y esto es lo que la Iglesia ha comprendido en su profunda sabiduria. Los hombres verian menos en él al hombre de Dios, al ministro de la Religion, de las súplicas al cielo y de la abnegacion. Por otra parte, guardando perfecta continencia, el sacerdote no hace más que imitar á Jesucristo, el divino Maestro. Jesús, hijo de una Virgen, permanece tambien virgen, y su enviado, su sacerdote, sólo puede ganar imitándole. «El discípulo es perfecto cuando se parece á su Maestro.»

La castidad sacerdotal difunde al rededor del sacerdote como una especie de aureola que le eleva por encima de sus hermanos, y le permite atacar con más libertad sus vicios, particularmente la impureza y el libertinaje. Ella le ayuda poderosamente en el ministerio tan delicado, tan puro de la confesion, y por ella le es permitido el penetrar en secretos de tal manera íntimos que la jóven doncella no se atreve á comunicar á su madre, el esposo á su esposa, el hermano á su hermano.

Los que declaman contra el celibato de los sacerdotes lo saben bien: el ascendiente moral del sacerdote católico en gran parte reside en su celibato. Conocen que los hombres á quienes incumbe por su estado el enseñar y dirigir á sus hermanos, serian más complacientes y menos rigurosos si se casasen. Dedicados á los asuntos domésticos, no les quedaria tiempo para ocuparse de las cosas de Dios, ni de las conciencias de los feligreses.

Además de esto, los negocios del cielo se tratarian entonces en familia. Para obtener la indulgencia del Padre cura se prodigarian alabanzas á su señora, se suspiraria de amor por la mayor de las hijas, y se celebrarían delante del papá el talento y los agraciados rostros de la santa prole. El marido papá-confesor no se resistiria, accedaria fácilmente á todo lo que se quisiese.

¡Y la caridad! ¿Y la heroica abnegacion de la cual la historia del sacerdocio católico nos refiere á cada página tan admirables rasgos? ¿No es por ventura el celibato el que los ha hecho posibles?

El sacerdote casado podrá, si se quiere, enternecerse al ver la desgracia del pobre y del huérfano; pero de seguro no se consagrará del todo á su alivio aquel que debe las primeras economías de su bolsillo al mantenimiento, á la educacion y al porvenir de sus propios hijos.

No tendrá valor para arrancar de las manos de su propio hijo el pedazo de pan, que tal vez se quitaria de su misma boca, para alimentar al hambriento que gime á su puerta.

La vida que en una calamidad pública, en un contagio quisiera sacrificar á la salvacion de sus hermanos, la debe á su familia, y de seguro la conservará para ella.

¿A qué vienen á parar las más generosas resoluciones ante las lágrimas de una esposa querida y las afectuosas demostraciones de un hijo?

Si queremos que nuestros sacerdotes nos

salven (y sólo ellos pueden salvarnos), dejémoslos solos con Jesucristo.

Además de esto, ¿tienen acaso los sacerdotes tan ardiente anhelo para casarse? Todo menos esto; yo te lo juro. Y siendo así, ¿de cuándo acá se obliga á las personas á casarse á pesar suyo?

M. Segur.

VARIEDADES

Dom Bosco.

L' *Unitá Cattolica* de Turin inserta muchos testimonios, aun de la prensa menos afecta al Catolicismo, en honor del venerable sacerdote que el Señor acaba de llamar á su seno, y concluye: «Hemos citado algunos diarios liberales; pero no acaban aquí las confesiones en honor de nuestro Dom Bosco, ni podemos registrarlas todas.»

El mismo periódico refiere el siguiente lance en que estuvo en peligro la vida de Dom Bosco:

«Volviendo este hombre de Dios de uno de los muchos viajes que solia hacer á pié para proveer á los intereses de su Oratorio, y teniendo que atravesar un bosque despues de anochecido, salióle al paso un hombre de mala catadura, que le dirigió el acostumbrado saludo de los bandidos:

«—¡El dinero ó la vida!

«—Dinero no lo tengo, contestó D. Bosco; y la vida, Dios me la dió, y sólo Él puede quitármela.

«—¡Menos palabras! replicó el bandido: ¡la bolsa, señor cura, ó hago fuego!

«En esto Dom Bosco, habiendo fijado la vista en el agresor, exclamó asombrado:

«—Tú aquí, y ocupado en tan triste oficio!

«Habia reconocido en aquel malhechor á un detenido en las cárceles de Turin, á quien un tiempo enseñara el Catecismo en la misma prision.

«El asesino, que reconoció á su vez contra quien habia levantado el arma homicida, quedó avergonzado y confuso, y al cabo de un momento de silencio, dijo:

«—Padre mio, no hubiera yo hecho esto á saber que era usted. No dude un momento que le hubiera dejado pasar sin decir una palabra.

«—Esto no me basta, hijo mio: es absolutamente preciso cambiar de vida, no abusar más de la bondad divina, y hacer penitencia, temiendo que no te quede tiempo de arrepentirte en la hora de la muerte. Ante todo debes confesarte.

«—Ya me confesaré.

«—Pero ¿cuando?

«—Lo más pronto posible.

«—Y ¿por qué no ahora mismo? ¿Cómo puedes continuar un solo instante con los negros delitos que abruman tu conciencia?

«Dom Bosco sentóse en una piedra, recibió la confesion del asesino postrado á sus pies, y poco despues confesor y penitente entraban juntos en Turin. En lo sucesivo el agresor de Dom Bosco no dió más en qué entender á los tribunales.»

¡Oh religion católica, qué grande es tu influencia!

Luz verdadera.

Mientras los llamados apóstoles del progreso alimentan al pueblo de inmundicias y blasfemias por conducto de sus *Motines* y *Cencerros* á fin de convertirle en cordero de su rebaño y arrancarle la lana con que ha tiempo se abrigan, los católicos abren por todas partes centros de enseñanza, círculos de obreros, instituciones de caridad y cuanto puede contribuir al adelanto moral y material de ese mismo pueblo; dígalo sinó la Granja Escuela, que por iniciativa y protección de una piadosa señora católica ha sido fundada en Taya, (Barcelona), en la cual segun las que existen en Francia denominadas Instituto de las Providencias agrícolas de S. Isidro, son recogidos los niños huérfanos y pobres, mantenidos, educados cristianamente é instruidos en los trabajos y labores del campo para que en su día sean útiles á sí mismos y á sus familias. Si el pueblo reflexionara detenidamente sobre la conducta que con él observan por una parte los amigos de la Iglesia y por otra sus enemigos, no dudaría donde estaban sus verdaderos intereses; mas desgraciadamente el pueblo se deja llevar de sus pasiones y sigue con más gusto á quien las adula que á quien las reprime; de aquí que no tenga inconveniente en engrosar las filas del primer truhan que predicándole disparates desde las columnas de un papelucho le lleva despues al matadero de las revoluciones armadas para hacerle instrumento de sus ambiciones.

¡Pobre pueblo!

Lo que no dice «El Motin».

La semana última ingresaron en la caja de la excelentísima Diputación provincial de Barcelona nueve mil pesetas, con destino á carreteras, que entregó el muy ilustre señor Vicario general de aquella diócesis como procedentes de una restitución de conciencia.

Al decano de la facultad de medicina de Granada le robaron un magnífico reloj de oro, valorado en 30,000 reales, hace pocas noches. Al día siguiente, y cuando ya desesperaban de encontrar al ladrón de la alhaja, se presentó en casa del señor Castillo un religioso de la Compañía de Jesús, y le entregó el reloj, contando que tenía encargo de restituirlo, pues el ladrón arrepentido lo había devuelto bajo secreto de Confesion.

Del *Estandarte católico* de Santiago de Chile, del 26 de Diciembre último, copiamos el siguiente suelto: «A las ocho de la mañana de ayer una mujer de aspecto humilde se acercó á la Congregación de la preciosa Sangre, y con vivo interés preguntó por sor Maria Magdalena de Jesús Guerrero. En este momento sor Maria se hallaba en la portería con otras personas. Luego que se hubo desocupado, se encaminó hácia la pobre que parecia solicitar una limosna. Esta entregó á sor Maria una caja

cerrada, advirtiéndole que dentro de ella iba una limosna para la construcción del templo. Sin esperar contestación se retiró, no sin haberle indicado que no le era posible revelar el nombre del donante. Sorpresa grande fué para sor Maria encontrar dentro de la cajita la cantidad de 19,000 pesos, con más una carta que, poco más ó menos, decia lo siguiente: *A la preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, á quien tanto le debo y que ha sido derramada para salvar mi alma, ofrezco este corto obsequio en señal de agradecimiento.*—Diciembre, 23 de 1887.

¡Qué cosas tienen estos oscurantistas!

Los que critican el esplendor de los regalos hechos al Papa, y como Judas Iscariote preguntan por qué no se da eso á los pobres, lean lo que sigue sobre el banquete dado este Carnaval por el Ayuntamiento republicano de Paris. Dice un periódico de los suyos:

«El segundo baile municipal celebrado en el *Hôtel de Ville* de Paris se ha distinguido por la esplendidez con que fueron obsequiados los 10,000 concurrentes que acudieron á disfrutar del popular obsequio.

«De la provision del *buffet* se encargaron dos reposteros del boulevard Saint-Germain, que llevaron al *Hôtel de Ville* nada menos que lo siguiente: 6,300 refrescos, 3,200 helados, 6,300 ponches, 1,900 chocolates, 14,000 emparedados, 6,000 panecillos con *foigras*, 1,000 pasteles variados, 500 botellas de Burdeos, 2,500 de Champagne, 4,400 *consommées* y otras cuantas bagatelas con prodigalidad semejante.»

Y entretanto los cien mil miserables de Paris se acostarian aquella noche sin cenar. Es mucha la caridad republicana.

La Exposición Vaticana atrae cada día mayor número de visitantes. Los diputados italianos, los generales y grandes personajes de la corte, han acudido en masa. El espectáculo de la generosidad de los católicos ha impresionado vivante á sus adversarios.

En estos últimos días, Menotti Garibaldi fué á la Exposición con toda su familia que quedó entusiasmada. Al llegar á la Cámara, dijo Menotti á sus amigos en alta voz:

«El Vaticano es un mundo; es más fuerte que nosotros.»

Eso ya lo sabiamos nosotros antes que lo dijera Menotti.

Tenia razon-

El impio Diderot vió un día á su compinche D'Alembert que enseñaba el Catecismo á su hija y se moió de él. «Comienza, le contestó D'Alembert, por darme otra cosa con que pueda sustituirle».

D'Alembert tenia razon; pero debió haber pensado lo mismo cuando enseñaba al pueblo.

Como debian pensarlo tambien todos los vividores de pluma que se llaman sus ami-

gos. Si amasen al pueblo como aman á sus hijos, no les enseñarian las infamias que les enseñan.

Rasgo cristiano.

Algunas señoras del Brasil, presididas por la Princesa imperial, celebraron el Jubileo de Leon XIII dando libertad á 250 esclavos, telegrafando á Su Santidad la noticias de tan fausto obsequio.

HIMNO DEL CÍRCULO CATÓLICO POPULAR.

(Música de D. Cándido Candi).

Sobre el SYLLABUS puesta la mano, la esperanza y los ojos en Dios, contraigamos la firme promesa de librar cruda guerra al error.

Confesemos á Dios uno y trino, conservemos intacta la Fé, resistamos del mal los embates, abracemos la senda del bien.

Arranquemos la máscara á aquellos que confunden la sombra y la luz, que amalgaman verdad y mentira, que se humillan al diablo y la Cruz.

Congregados en torno del Papa, proclamémosle Rey y Señor, procuremos romper sus cadenas, confundamos al fiero invasor.

Supliquemos fervientes á Cristo que acelere el instante feliz en que, libres de sectas y herejes, viva y reine de uno á otro confín;

que convierta a la fé las naciones, que los reyes le acaten por Rey, que haya sólo un Pastor y una Iglesia, ni nos rija más ley que su Ley.

Sobre el SYLLABUS puesta la mano, la esperanza y los ojos en Dios, contraigamos la firme promesa de librar cruda guerra al error.

Luis C. Viada y Lluch.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripción se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion.	4 ptas. mensuales
Media id.	2 « «
Un cuarto id.	1 « «
Un octavo id.	0'50 « «

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripción en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Villanueva, 6, bajo.